

CRISIS Y MODERACIÓN EN EL MOVIMIENTO OBRERO DURANTE EL CAMBIO POLÍTICO EN ESPAÑA: ¿RELATO O CORRELATO?¹

Joan Gimeno i Igual (Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies)
Javier Tébar Hurtado (Universidad de Barcelona)

En la práctica, todo hombre, que no sea él mismo un doctor Pangloss, y todo movimiento social están sometidos a las presiones tanto del reformismo como el ánimo revolucionario, y ello con una intensidad que varía con el tiempo²

La moderación es una virtud revolucionaria.³

Introducción

La moderación como actitud social predominante durante la transición política constituye uno de los elementos de la «matriz cultural» de la democracia española.⁴ Para numerosos autores esta moderación, de la que también participaron con destacado protagonismo los sindicatos mostrando una actitud responsable y sobria, habría tenido un carácter eminentemente virtuoso. Que esto fuera así habría de posibilitar la consolidación de la democracia, sin derivar en radicalismos que provocaran reacciones, evitándose la desestabilización del proceso político por el que se transitaba de un régimen dictatorial a uno democrático.⁵ Así las cosas, la extensión del comedimiento social y político, cuando no una actitud rayana al acomodamiento, habría modulado de forma notable las estrategias de los actores colectivos, sobre todo de unas izquierdas que se limitaron «más que a dirigir, o liderar, sus bases sociales, a secundarlas, o, como mucho a acompañarlas».⁶ En definitiva, se trataría de una especie de síndrome del cuerpo social que habría llevado a

la senda del acuerdo y el pacto y, por tanto, de la concertación.⁷ Según este relato, la naturaleza virtuosa de esta moderación de la sociedad, junto a la hegemonía cultural y simbólica de unas nuevas clases medias configuradas bajo el franquismo, habría conducido sin graves sobresaltos al cambio político.

Sin embargo, desde ópticas dispares, otros autores han matizado esta idea de moderación señalando, por ejemplo, la dimensión anticapitalista asociada a la lucha democrática.⁸ En algunos casos se ha subrayado, más allá de su rol potencialmente desestabilizador, la importancia de un movimiento obrero autónomo de carácter radical en sus propuestas, pero escasamente presente en las narrativas sobre el cambio político.⁹ En otros, se nos alerta sobre la persistencia del prestigio de determinadas formas de genuina representación obrera como las asambleas¹⁰, indiciarias de ciertas actitudes y prácticas propias de una radicalidad democrática de base.¹¹ Finalmente, en ocasiones se ha apelado de manera directa al papel de algunas organizaciones políticas que trataron de obte-

ner su legitimación en el panorama político a través de la desmovilización,¹² actuando como agentes de una moderación inducida sobre su base militante.

En todo caso, no hay dudas de que las actitudes políticas de la sociedad española durante aquellos años ocupan un espacio central en la explicación causal del cambio político. De hecho, el problema histórico de las actitudes de la clase obrera durante este proceso continúa siendo hoy una cuestión controvertida en términos historiográficos, a pesar de que contamos con escasas aproximaciones sobre este asunto para el caso de la transición española¹³, apenas algunos referentes al franquismo¹⁴ y la pista se pierde, salvo honrosas excepciones,¹⁵ en los primeros años de gobierno socialista. Esta situación contrasta con las aportaciones desde del campo de la sociología política,¹⁶ desde la que también se analizaron las actitudes de la clase obrera y de sus organizaciones (partido y sindicato) ante el cambio político, destacando las investigaciones llevadas a cabo entre 1978 y mediados de la siguiente década por el sociólogo Víctor Pérez Díaz.¹⁷

A partir de determinadas bases empíricas, Pérez Díaz fue el primero en sostener en sus estudios que los actores políticos y sociales se amoldaron a las actitudes sociales y políticas imperantes entonces en la sociedad española. A partir de este argumento se construirá un relato que logró mostrar una gran capacidad de influencia social, intelectual y política ya durante aquellos años, pero también con posterioridad. Esta ascendencia tuvo sus efectos, cuando menos, en dos direcciones: por un lado, en el debate ideológico y cultural de las izquierdas españolas, en particular dentro del espacio político comunista y el movimiento sindical encarnado por las Comisiones Obreras (aunque no solamente) que, durante aquella etapa, daban el paso de movimiento sociopolítico a confederación sindical; y, por otro lado, en su capacidad

para impregnar algunas de las interpretaciones históricas sobre el proceso de cambio de la sociedad española y la transición al actual sistema democrático.¹⁸

Nuestro propósito es discutir esta tesis de Pérez Díaz a partir del presupuesto de que, en sentido contrario a lo que sostiene, las actitudes sociales y políticas imperantes en la sociedad española durante el cambio político fueron en buena medida el resultado de la estrategia y acción de los actores políticos y sociales. O dicho de otra forma, las fuentes para la moderación de la sociedad adoptaron una dirección distinta a la planteada por este autor: fueron del actor político comunista hacia sus bases, es decir, la clase trabajadora, propiciando una división en el interior del movimiento político y sindical entre el proyecto eurocomunista que representaba esta moderación social y una estrategia de consolidación de la democracia, por un lado, y un sector del partido y sus bases que rechazaban aquel proyecto, por el otro.

En nuestro caso, a diferencia de Pérez Díaz, abordamos un análisis diacrónico que permite enmarcar adecuadamente las actitudes de la clase obrera en el nuevo escenario económico y político. Para ello, integran nuestro acervo heurístico el análisis del discurso y las estrategias del movimiento obrero en general y, más concretamente, el sindical; la concurrencia y participación de los trabajadores en los comicios o los índices de conflictividad laboral y su carácter. Un análisis, en fin, que busca establecer relaciones entre estructura y agencia, moldeadas ambas por los discursos.

Crisis y moderación durante el cambio político

El cambio político se iba a producir en un nuevo escenario marcado por la crisis económica y el «desencanto» político. Las buenas perspectivas con que había terminado el año 1978 para los países de la OCDE se desvane-

cieron a mitad de 1979 a causa del segundo *shock* en los precios del petróleo, producto de las tensiones derivadas de la Revolución iraní. El Gobierno de UCD, debilitado por la ruptura del consenso, el creciente asedio por parte del PSOE (que apostaba ya claramente por ser alternativa de poder,¹⁹ repercutiendo en el campo sindical) y los resultados electorales, tenía dificultades para impulsar una respuesta coherente al desafío de la crisis. De hecho, paralizó las reformas más progresistas, como la fiscal, y se dedicó a la implementación de medidas *ad hoc*, así como a secundar las demandas de empresarios en pos de una flexibilización del mercado laboral²⁰ y de una apuesta decidida por la competitividad.²¹ El aumento de los precios del petróleo acordado en la reunión de la OPEP de junio tuvo un impacto considerable e inició una recesión —una pérdida de entre un 2 y un 3% del PIB de los países occidentales— que puso fin a la coyuntura en la que la economía española se beneficiaba de la devaluación aplicada, la mejora de la demanda internacional y ciertas medidas expansivas motivadas por el contexto electoral.

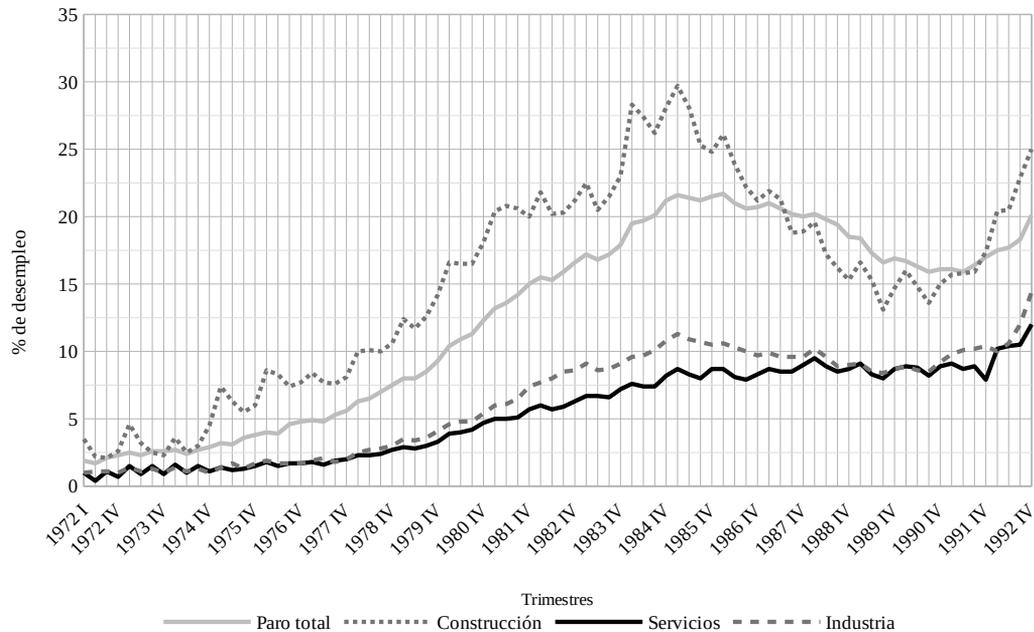
En España el choque supuso un empeoramiento de la balanza por cuenta corriente del orden de 3,5 puntos y el estancamiento económico. Se generó así una onda recesiva que comportó numerosas quiebras empresariales que, a su vez, afectaron al sistema financiero y de este se transmitieron al resto de la economía. La respuesta del Gobierno de UCD, liderado por Adolfo Suárez, se trazó en el Programa Económico a Medio Plazo de 1979, basado en las recomendaciones de la OCDE, a saber: moderación salarial a través de un pacto de rentas y una política monetaria restrictiva para reducir el nuevo brote inflacionario, ajuste exterior para mejorar la productividad y la competitividad —sobre todo vía costes laborales—, ajuste energético de la mano de la Agencia Internacional de la Energía y, finalmente, me-

didias de corte estructural como las llamadas políticas de ajuste positivo o microeconómico y las reformas flexibilizadoras de los mercados. El objetivo prioritario era, al menos en el plano discursivo, la reducción del paro, que en junio era ya del 8,2% (y que finalizaría el año con un 9,5% según la EPA, rozando la barrera psicológica de los dos dígitos). En definitiva, la fórmula consistía en atacar la inflación vía moderación de los costes salariales, junto con la flexibilización del mercado de trabajo para recuperar el excedente de explotación y, así, sobre el papel, favorecer la inversión.

Se ha insistido en el bajo nivel de desempleo, que en 1976 era del 5%;²² sin embargo, hay que tener en cuenta lo que implicó en términos de ruptura de una situación de práctico pleno empleo durante el franquismo²³ (posible, hay que recordarlo, gracias a la válvula de escape de la emigración).²⁴ Entre 1977 y 1984, además de un paro creciente, se iba a iniciar un «ataque concéntrico» a la estabilidad en el empleo, iniciado en los sectores más periféricos de la economía. Esta ofensiva comportará que, en paralelo, se produzca el debilitamiento político-organizativo de la clase obrera y el desarrollo o profundización de las divisiones en su interior.²⁵ Se trataba de un proceso apenas incipiente, cuya repercusión en toda su dimensión aun resultaba difícil de prever por parte de las organizaciones obreras. De hecho, las perspectivas iban a veces hasta en sentido contrario: si bien las crisis y transformaciones socioeconómicas en curso generaban importantes dosis de inquietud en el movimiento sindical, aquellas también se encontraban preñadas de oportunidades —de la mano de la «Revolución Científico Técnica»— que una actitud audaz debía ser capaz de aprovechar.

Cierto pesimismo de la inteligencia se extendía entre importantes sectores de la izquierda, conscientes de la persistencia de la crisis del capitalismo, de su profundidad, provocada por

Evolución del desempleo por sectores, 1972-1992



Elaboración propia a partir de datos de la EPA

Imagen I

la dificultad para llevar a cabo la reestructuración del capital fijo, acosado por la estancamiento (es decir, una situación de estancamiento económico e inflación) o el desvelamiento del carácter estructural del paro. Sin embargo, más allá de la dimensión socioeconómica, también se comenzaron a manifestar «fenómenos llamativos de disgregación cultural que culminan en una exacerbación de la insolidaridad individualista» o la crisis de «la ideología del Estado-providencia o estado de bienestar». ²⁶ Una recomposición, en definitiva, de la «hegemonía burguesa» que ante la supuesta ausencia de una crítica radical, habría iniciado una importante ofensiva marcada por elevadas posibilidades de éxito. Esta incomparecencia del adversario, la incapacidad de articular una alternativa radical y antagonista por parte del movimiento obrero, parecía, sin embargo, tener una base más o menos objetiva en las actitudes políticas y sociales de buena parte de la clase trabajado-

ra española, «identificadas con muchos valores capitalistas». ²⁷ Esto no eximía a las organizaciones obreras de su responsabilidad en las posibilidades abiertas para esta involución: su despolitización suponía una colaboración *de facto* con la ofensiva conservadora, según los mismos observadores. A pesar de ciertos destellos del optimismo de la voluntad con respecto a las posibilidades generadas por un aumento de la participación en diversas movilizaciones, lo cierto es que la perspectiva era notablemente pesimista. ²⁸

A partir de aquí, vamos a examinar el relato de la moderación virtuosa y su exitoso correlato. En 1979, el mismo año en que se producían las movilizaciones obreras más importantes que se hayan registrado desde, por lo menos, los años treinta hasta hoy, apareció publicado el trabajo del sociólogo Pérez Díaz *Clase obrera, partidos y sindicatos*. Este estudio, junto con otros posteriores del mismo autor,

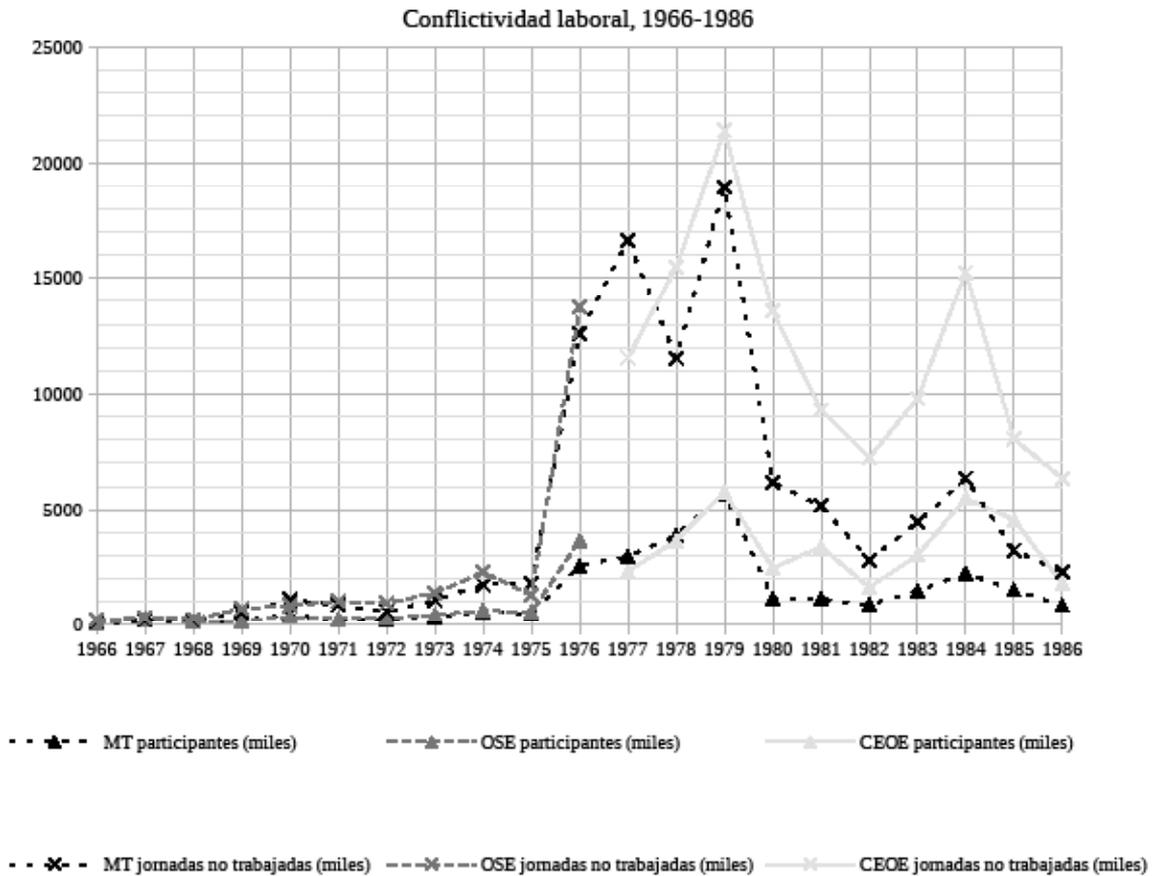
no solo ofrecieron una perspectiva sobre las actitudes políticas de los trabajadores, sino que devino la piedra de toque fundamental del relato acerca de la moderación obrera. Sobre un amplio número de encuestas realizadas (más de 4.000) cabe, sin embargo, realizar una reserva respecto a su propia creación: un 87,1% tuvieron lugar en los centros de trabajo previa autorización de la empresa.²⁹ Esta cuestión obligaría, por lo menos, a tratar los resultados con cierta precaución metodológica³⁰. Según Pérez Díaz, más del 70% de la clase obrera industrial votó a partidos y candidaturas obreras (desde el PCE-PSUC al PSOE, pasando por el PTE o la ORT), una proporción mayor que sus homólogos franceses en 1978. Estas organizaciones habrían centrado su actividad en la consecución de un marco de libertades democráticas; tanto en un sentido instrumental —puesto que generaba las mejores condiciones para el desarrollo de la acción colectiva y, por lo tanto, de conquista de nuevos derechos— como sustancial, mostrando «convicciones y sentimientos genuinos de preferencia por un régimen de libertad y de democracia frente a un régimen totalitario».³¹

Según Pérez Díaz, razones de oportunidad, —como granjearse el apoyo de sectores no proclives a demandas anticapitalistas y que resultaban necesarios para consolidar la democracia o inhibir posibles involuciones—, pero también de fondo habrían llevado a las organizaciones obreras a aplazar el objetivo de la construcción del socialismo. Un proyecto de socialismo de contornos muy tenues, producto de la crisis ideológica que estaba atravesando la izquierda que, en realidad ya desde 1968, habría ido dejando de tener como horizonte o referente el socialismo «realmente existente». A pesar de ello, la falta de consistencia de un modelo alternativo claro, según el autor, parcheado con la propuesta de reformas encaminadas a ampliar el ámbito del sector público a costa

de monopolios y multinacionales, mayor poder sindical en las empresas, dosis de planificación y de autogestión, etc., limitaba a las organizaciones obreras a la hora de analizar la crisis entonces en curso.³² En efecto, esta habría impuesto una estrategia de reducción de riesgos y de moderación en los planteamientos. Por lo tanto, la apuesta de las organizaciones obreras desempeñaba un papel crucial para Pérez Díaz en la moderación de las actitudes; lo que aparentemente choca con su tesis posterior sobre el encaje de estas actitudes en un ambiente social determinado. A este factor, cabría sumar el impacto de una crisis económica que habría coadyuvado a esta deriva.

Frente a las interpretaciones que sostenían el reflujó de la conflictividad obrera planteada a principios de los sesenta, el final de la década estuvo, como es sabido, precisamente caracterizado por un rebrote de la lucha de clases.³³ España, a pesar del marco político dictatorial, no fue una excepción en este sentido, a pesar de la evidente falta de sincronía.³⁴ A primera vista, no deja de resultar sorprendente el desarrollo de la tesis de la moderación cuando se estaban registrando las cuotas inauditas de movilización sociolaboral que caracterizaron los inicios del cambio político, especialmente las del cuatrienio 1976-1979.

Por otro lado, en su explicación Pérez Díaz remarcaba prioritariamente una de las consecuencias de la crisis económica de aquellos años: la espiral inflacionista.³⁵ Esta habría producido un retraimiento de la inversión, disminuyendo en un 4%. No obstante, cabía cuestionar la centralidad del factor salarial como elemento explicativo de la particular expresión de la crisis en España, ya que si bien entre 1964 y 1975 los salarios en términos reales se duplicaron, el crecimiento fue modesto, disminuyendo su participación sobre la renta nacional y siempre por debajo de la productividad.³⁶ A pesar de las dificultades estadísticas, que se



Elaboración propia a partir de Luque Balbona, David (2010)

arrastran hasta el presente, sí parece clara la voluntad de responsabilizar de forma casi exclusiva a los salarios de los problemas que atravesaba la economía española; posición bastante cercana a la dominante en el Instituto Nacional de Industria (INI) o del propio Gobierno de Suárez, basadas en las teorías de la inflación estructural. El correlato de esta posicionamiento lo constituía un cuestionamiento creciente del poder sindical, inscribiéndose en una lógica de alcance continental bajo la égida de un nuevo *ethos* conservador.³⁷

La crisis, bien es cierto, podía llegar a poner en entredicho la supervivencia del sistema capitalista. Sin embargo, junto al objetivo de no

poner en peligro el proceso de transición a la democracia, Pérez Díaz añadía que en las organizaciones obreras:

No solo no existe la capacidad [de plantear una alternativa radical de transformación], sino tampoco existe la voluntad por parte de clase obrera, y por su parte, de empujar esta crisis hacia el desenlace de un cambio radical en el sistema económico vigente [...] Han entendido la crisis como una oportunidad para construir un sistema de relaciones industriales que favorezca su objetivo de controlar y protagonizar el movimiento obrero.³⁸

Grosso modo: ausencia de alternativas, conjurar posibles involuciones, la moderación social de sus bases³⁹ y un anhelo de control y con-

solidación organizativa resumirían un cuadro del que los pactos de concertación no podían sino resultar el corolario lógico. De esta forma se cortaban las alas a una posible *wage drift* en el marco de las empresas, es decir, al deslizamiento de los salarios hacia los niveles de los sectores en mejores condiciones.⁴⁰ Con esta propuesta se pretendía impugnar, además, la tradición reivindicativa que bajo el franquismo había llevado a una suerte «economía moral de los salarios» caracterizada por los aumentos lineales;⁴¹ se trataba, en fin, de acabar con el lugar privilegiado que esta cuestión había representado en la política reivindicativa bajo la dictadura.

En conclusión, para Pérez Díaz la crisis económica actuó como acicate para la moderación sociopolítica y como dispositivo clarificador del fin de la utopía del socialismo. Sin embargo, este planteamiento tiene una naturaleza circular en la medida que deja pendiente responder a una cuestión central: ¿de dónde surgieron aquellas percepciones y actitudes sociales? El estudio inicial y los sucesivos de Pérez Díaz defendiendo la moderación virtuosa, más allá de los resultados de corte sociológico, contenían una crítica política visible en sus conclusiones. Pero ¿a quién iba dirigida esta crítica? En realidad, los análisis del sociólogo caricaturizaban desde una perspectiva liberal la estrategia eurocomunista; un oponente débil, todo hay que decirlo, atendiendo a la inconsistencia o falta de desarrollo teórico de esta propuesta tardía de construir una suerte de, siguiendo a Traverso,⁴² «comunismo socialdemócrata» a la española.

En efecto, el eurocomunismo era gradualista y hasta podría decirse que, en tanto que fundamentado en la profundización democrática, contingente y expuesto a retrocesos coyunturales. No obstante, contaba con una concepción propia de lo que sería un «plan de austeridad bien entendido», caracterizado como alternativa para la superación de la crisis en el

que los esfuerzos y cargas resultaran concertadas y, por ello, repartidas entre los diferentes sectores sociales. Así, trataba de construir una propuesta política que abordara conjuntamente la respuesta a los problemas apremiantes (inflación, paro, etc.), mientras se introducían cambios que pudieran permitir, en un futuro, avanzar hacia el socialismo.⁴³ De hecho, la estrategia eurocomunista se articuló a partir de ideas-fuerza como solidaridad, austeridad, negociación y a partir del axioma según el cual la «legalidad capitalista y democrática se acepta pero se cuestiona».⁴⁴ De esta manera, se rechazaba de plano una apuesta basada en la exacerbación de las contradicciones inherentes al sistema. No solo entendían la impugnación y la ruptura abrupta como indeseable por las consecuencias sociales que podía entrañar para los trabajadores, sino que era innecesaria atendiendo a las posibilidades desarrollo político-institucional que inauguraba el marco democrático. En definitiva, una estrategia reformista radical, que se presentaba como revolucionaria *tout court*, y que permitía interpelar sectores más allá del «sujeto histórico» encarnado por la clase obrera industrial, sin por ello renunciar a su centralidad.

En el ámbito sindical esta concepción estratégica pasaba por el Plan de Solidaridad. La propuesta se oponía abiertamente a la ilusión palingenésica de las bondades del colapso del capitalismo frente a la que cabría oponer una táctica de resistencia a ultranza. Esta táctica, además, podía tener efectos disgregadores sobre la clase obrera. Con todo, la apuesta sindical se oponía asimismo a un pactismo que implicara un consenso desmovilizador.⁴⁵ Estos eran los dos demonios del eurocomunismo. Sin embargo, la capacidad de movilización era la condición para cualquier avance en las posiciones de las fuerzas progresistas y, en términos generales, se asumieron como propios los análisis de coyuntura y de actitudes políticas y

sociales que, como hemos visto, no eran precisamente producto de intelectuales orgánicos de los trabajadores (en parte quizá de buen grado, ya que preveían en el corto plazo un avance electoral comunista y un estancamiento de los socialistas). ¿Ausencia o pérdida de capacidad autónoma de análisis? Podría ser. Lo cierto es que, en el caso del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) —el partido de los comunistas catalanes hermano del Partido Comunista de España—, por ejemplo, el período inmediatamente anterior estuvo caracterizado por una intensa militancia de sus cuadros intelectuales. Ahora bien, esta no había tenido lugar precisamente en una vertiente de elaboración teórica, vía creación de comisiones de estudio específicas. A estos obstáculos a la articulación de alternativas propias había que añadir, además, las tiranteces partido-intelectuales.⁴⁶ Esta realidad se enmarcaba en un contexto más amplio en el que la elaboración política y cultural de izquierdas era más bien estrecha.⁴⁷

De la misma manera, CCOO comenzaba justo en aquel momento a desarrollar su Gabinete Técnico Confederal y, a pesar de concurrir en sucesivos comicios sindicales desde 1978, no constató la necesidad de un barómetro sindical propio hasta 1986.⁴⁸ Esto era un síntoma, a su vez, de que la relación orgánica que Comisiones había propugnado con la clase obrera, su carácter de sindicato de los trabajadores (más que *para* los trabajadores), eminentemente democrático y participativo, se había debilitado a lo largo de este trayecto temporal.

Lo cierto es que la perspectiva de la moderación, hasta de su versión virtuosa, terminaría por permeabilizar a buena parte de las izquierdas españolas. De la misma manera que lo hizo la percepción, como demostraba la «evidencia empírica» de época, de que el igualitarismo y la solidaridad eran «valores en retirada».⁴⁹ Aunque se podía objetar la falta de concreción del concepto moderación, o las bases metodológi-

cas de las investigaciones y sus implicaciones, algunos sectores de la propia tradición comunista creían estar asistiendo al desvanecimiento del proletariado industrial como «clase universal», así como a dudar de su agencia revolucionaria. Esta deriva habría quedado evidenciada en el denominado «socialismo real», según señalaba en su célebre libro el «hereje» de simpatías eurocomunistas Rudolf Bahro.⁵⁰ De hecho, como se desprende de una reseña crítica escrita por el propio traductor del libro, el dirigente «renovador» del Partit Comunista del País Valencià (PCPV) Gustau Muñoz, había que tener precaución a la hora de hacer transposiciones automáticas de las conclusiones de Bahro a otro contexto que no fuera el del «socialismo realmente existente»; sobre todo en cuanto al desvanecimiento de la agencia revolucionaria de la clase obrera.⁵¹ Para Bahro, este protagonismo se desplazaba hacia un bloque histórico en el que lo que llamaba una nueva clase obrera (técnicos, cuadros, profesionales, pero también intelectuales y jóvenes: portadores de valores simultáneamente anticapitalistas, antimanageriales y anti-sistema) desempeñaba un papel más relevante que el obrero fordista clásico, cuya sinécdoque era el *blue-collar*. Este desplazamiento era considerado como consustancial al eurocomunismo, por la crítica izquierdista, ya que dejaba traslucir la apuesta por un «bloque antimonopolista» y la primacía del «realismo político» frente a las posiciones netamente anticapitalistas.⁵²

Pero retomando de nuevo los análisis de Pérez Díaz, estos generaron tímidas, aunque no del todo desacertadas, respuestas. Un caso fue el del historiador Antonio Elorza, a la sazón militante del PCE.⁵³ A la tesis del sociólogo, según la cual la clase obrera no participaba de inclinaciones o manifestaba veleidades revolucionarias, Elorza objetaba una crítica conceptual del término revolución que, según él, en el imaginario de Pérez Díaz era concebido como un acto de ruptura radical, y no como realmente pro-

pondrían las organizaciones obreras: como un proceso de reforma radical pero gradual. No es menor el detalle de que Pérez Díaz partía, de manera explícita, de una concepción según la cual la revolución se asimilaba con la experiencia del socialismo en la URSS.

Por otro lado, del propio estudio de Pérez Díaz se desprendía la voluntad de los trabajadores por aumentar sus parcelas de poder en el seno de las empresas, la conciencia de que el desarrollo había beneficiado más a una minoría o anhelos de una sociedad igualitaria; por lo que mostraban su adhesión a los elementos del significativo socialismo. Según Elorza, las conclusiones del trabajo de Pérez Díaz eran pesimistas, y añadía que:

Lo negativo no es la «moderación», que en definitiva se liga a la asunción por el proletariado de los valores democráticos y del conjunto de problemas de su sociedad, incluidas las exigencias técnicas derivadas de la organización empresarial, sino el escaso grado de compromiso con esas organizaciones, que no son «moderadas», sino conscientes de sus perspectivas, del cuadro de su acción y de los fracasos ajenos. Lo que, a fin de cuentas tiene poco que ver con la magia y bastante con el legado de Marx.⁵⁴

Aunque Elorza tildaba al sociólogo madrileño de sostener posicionamientos ideologizados o de simplificaciones excesivas, había un reconocimiento implícito no de la moderación de las organizaciones, sino de la adopción de determinadas orientaciones estratégicas basadas en el estricto realismo político. Lo que no era óbice para rechazar de plano la dicotomía reduccionista que proponía Pérez Díaz en su trabajo entre el modelo soviético o la tierra desconocida; además de insinuar que el primero era el objetivo oculto del PCE. Detrás de la pátina de científico social de Pérez Díaz, sus preferencias se volvían diáfanos en el momento de formular posibles alternativas, ya que sostenía que había un tratamiento para afrontar la crisis permane-

ciendo en marcos sistémicos: reducir el gasto público, contener la masa salarial, flexibilizar el mercado laboral y fomentar la inversión privada. No se le puede negar el carácter pionero de los recetarios neoliberales por venir.

Aparece en estos posicionamientos una contradicción evidente: lo que para unos constituía un axioma sociológico –la moderación– que ahorraba necesariamente la actividad de los agentes sociales y políticos, fundamentalmente de la izquierda transformadora; para otros había sido el producto de una estrategia de compromiso por las libertades y socialización democrática. Si, para los primeros, la «moderación» marcaba los límites de lo políticamente posible, para los otros se trataba del marco propicio para el desarrollo de su proyecto político. Incluso en esta última posición, fuerzas con intereses divergentes como el PSOE y el PCE podían encontrar ventajas comparativas. Así, Felipe González preveía tempranamente cómo dos tercios del electorado iban a demostrar un comportamiento electoral «moderado» que beneficiaría indudablemente a su partido.⁵⁵ Desde las filas del PCE, como terminamos de ver en el artículo de Elorza, pero también de la cita del dirigente de las CCOO López Bulla con que iniciamos el presente artículo (según el cual la moderación podía incluso constituir una opción revolucionaria), no se interpretaba esta como un límite al desarrollo de las propias fuerzas. En sentido semejante se había manifestado previamente Santiago Carrillo, cuando elogiaba y animaba a perseverar en una acción moderada que permitiera el ulterior avance político-electoral del espacio comunista.⁵⁶ Las perspectivas de capitalización de dicha actitud, por lo tanto, animaban a perseverar en esa dirección. Donde mejor se observarían las potencialidades de esta –efímera– apuesta fue en Catalunya, donde el partido de los comunistas había cosechado un tercio de su apoyo entre votantes de centro o centro-izquierda atraídos por las credenciales democráticas de su proyecto.⁵⁷

Tras dos relatos sobre los cursos causales de la «moderación» tan opuestos, no podía sino encontrarse, como terminamos de ver, una concepción, también, radicalmente diferente sobre el concepto mismo y sus implicaciones políticas.

Con todo, sería el relato de la «moderación» como límite el que terminaría por constituirse en discurso normativo. De esta manera, certificado el fracaso del proyecto eurocomunista, este se habría debido, según algunos, a una contradicción irresoluble entre la evolución reformista y el mantenimiento de unas señas de identidad dadas incompatibles con una «estrategia socialista con porvenir»;⁵⁸ dejando como única opción la socialdemocracia en tanto que movimiento político por un «socialismo factible», cuya audiencia entre las masas no indicaba sino un reconocimiento explícito a su «superioridad moral».⁵⁹

Así, en el contexto posterior de las movilizaciones sindicales que condujeron a la huelga del 14D de 1988, Paramio ofrecía una particular interpretación del «eurocomunismo» como si se tratara de un todo doctrinal coherentemente desplegado –algo difícilmente asumible– que vendría a constituir un proyecto «bueno», pero una experiencia «mala» por imposible. Frente a ello, este autor apelaba a una forma de pragmatismo al que etiquetaba como el «socialismo previsible, razonablemente factible» como superador, decía, del «socialismo científico».⁶⁰ Una propuesta a partir de la que, finalmente, se ofrecía una completa revisión de la historia del movimiento obrero con el fin de situar el papel del sindicalismo en una política española marcada por la «modernización» socialista: este no era otro que retornar a una forma de su tradicional subordinación partidaria lassallana.⁶¹

Sin embargo, otros críticos, desde campos ideológicos distintos, sostenían que el problema de la estrategia eurocomunista había ra-

dicado (expresado de manera un tanto confusa) en la ausencia de una actuación coherente, cuando no una pulsión a «actuar estúpidamente» tan solo salvada por la «debilidad de las fuerzas con las que contaba».⁶²

Contra-ritmo en la crisis de la conciencia obrera: el caso español

En el doble contexto de cabalgar la crisis y de consolidar el nuevo régimen, lo cierto es que proliferaron relatos, por maniqueos que ahora nos parezcan, en los que, al menos, se apuntaba hacia una «crisis de la conciencia obrera», sobre todo en su dimensión antagonista. Ya con cierta perspectiva respecto a 1968 y los cambios que supuso en la acción obrera (fundamentalmente su radicalización y desbordamiento, a menudo, desde las bases), la década de los setenta estuvo marcada por un retraimiento crítico. Por lo menos si el paradigma respecto al que referenciarse –lo cual podría resultar objetable–, era el de la «conciencia revolucionaria». ¿Había periclitado este tipo de conciencia? ¿Había existido realmente más allá de situaciones excepcionales como para considerarla un espejo en el que reflejarse? Y en el caso de haberse desvanecido: ¿a quién correspondía la responsabilidad, a los cambios socioeconómicos, a la dejadez y la falta de audacia o al debilitamiento de las organizaciones de clase?

Resistiéndose a las tesis del aburguesamiento obrero propias de Marcuse y la Escuela de Frankfurt,⁶³ numerosos intelectuales de izquierda, sobre todo en la órbita del PSOE, comenzaron a constatar la asunción por parte de la clase obrera española, en un proceso que los homologaba con los trabajadores europeos, de «valores y mentalidades moderadas», así como una (auto)percepción más compleja sobre la estructura de clases.⁶⁴ El carácter coyuntural o estructural de estos cambios, sin embargo, estaba todavía por ver. Así como la dirección y

el impacto de los procesos socioeconómicos -a saber, la crisis o la revolución tecnológica- y políticos —como, por ejemplo, el giro en la dinámica geopolítica de bloques, por entonces marcada por la llamada Nueva Guerra Fría y el resurgimiento del conflicto— fueran a tener sobre la articulación de nuevas identidades centradas en el trabajo que, necesariamente, habrían de ser plurales: conciencia(s) de clase.

La década de los setenta supondría, en todo caso, la génesis de una importante crisis de conciencia obrera que afectó con especial virulencia a las culturas políticas de izquierdas y progresistas. Se trataba de un fenómeno multiforme y diverso que atravesó a las izquierdas europeas en general. Comenzaba a constatarse la pérdida de empuje o, en el peor de los casos, de agencia rupturista por parte del gran movimiento social del siglo XX.⁶⁵

En el caso que nos ocupa, debido a la particularidad que supuso el proceso de transición a la democracia en España -que podría caracterizarse por el contra-ritmo en el que hubo de desarrollarse el movimiento obrero⁶⁶- estos debates penetraron en la sociedad y política españolas más bien hacia la segunda mitad de los años setenta, de la mano del segundo *shock* petrolero de verano de 1979, y, especialmente, en la década de los ochenta, ya de la mano de las transformaciones en el tejido productivo y el mercado laboral. También hay que decir que los intelectuales socialistas realizaron quizá las aproximaciones más interesantes, poniendo el foco sobre la influencia de los múltiples cambios en marcha en las subjetividades y en la extensión de los valores posmateriales; así como identificando crecientes estratos de una clase obrera moderada que acabaría por constituir su base social. Asimismo, constataron «la realidad u obstinación del conservadurismo cotidiano colectivo», tildando de utópicas o resistencialistas propuestas radicales de transformación social.⁶⁷

Durante 1979 los resultados electorales coadyuvaron a consolidar la imagen de moderación que, poco a poco, se constituiría en argumento ontológico de la realidad social española. En este sentido se manifestó, por ejemplo, el presidente de la CEOE Ferrer Salat, quien consideró aquellos resultados una prueba de esa moderación de la sociedad. Tanto en las elecciones generales de marzo, como en las municipales de abril, si bien los comunistas obtuvieron avances, estos fueron sino pírricos, sí limitados. Sobre todo si tenemos en cuenta las expectativas albergadas. No obstante, los pactos en el seno de la izquierda permitieron que numerosos consistorios, entre ellos los más importantes del país, tuvieran corporaciones progresistas. Los resultados, en cambio, no produjeron tanto desasosiego en la UGT, temerosa esta de verse convertida en el «sindicato del Gobierno» en el caso de victoria del PSOE, lo que habría dejado su flanco izquierdo a merced de CCOO, su principal adversario y competidor en el terreno sindical. En este sentido, una semana después de los comicios, un miembro de la ejecutiva de la central socialista, en comentarios al *labor attendant* de la embajada estadounidense, no expresaba ningún inconveniente con los resultados electorales; de hecho hasta se congratulaba de cómo el electorado español, «tan joven en esto de la democracia», ya presentaba patrones de comportamiento que lo homologaban con el resto de democracias occidentales, como evidenciaba la elevada abstención.⁶⁸

De la misma manera, el movimiento obrero catalán, que había sido objeto de atención preferente (y de preocupación) por parte de los servicios de inteligencia de los EE UU, no solo por los buenos resultados electorales de la izquierda, sino también por la fuerza del sindicalismo, parecía ahora haber sido sobrestimado en cuanto a su influencia y capacidad de presión. A finales de 1979 esta alerta se había relajado fruto de la constatación de cierto des-

contento con la línea sindical de CCOO, plasmado en su pérdida de afiliación. En este sentido, fuentes tanto internas como externas a la central sindical, aseguraban que el movimiento obrero catalán se estaba volviendo:

Less politicized with more workers increasingly satisfied that their votes do count and that their voices will be heard, beginning to focus on traditional labor/management issues.⁶⁹

Este fragmento del informe diplomático constataba una evidencia: en el nuevo marco democrático se habilitaron otras vías de resolución o expresión —o por lo menos que podían satisfacer esa expectativa— de los problemas y demandas. Era evidente que, bajo la dictadura, el movimiento obrero en general, y el sindical en particular, establecieron una relación de antagonismo con el régimen. Si bien se utilizaron también los canales legales de actuación, jamás se reconoció su legitimidad. Ahora, sin embargo, el movimiento sindical pretendía asumir una relación adversarial, de conflicto democrático y de reconocimiento de las legitimidades respectivas.⁷⁰ Un conflicto que, ya en una arena democrática, permitiera a las fuerzas progresistas avanzar posiciones y dotar de contenido social al nuevo régimen político español.

Esto es algo que, como hemos visto, no era en absoluto ajeno a la cultura política de parte de los comunistas españoles. Sin embargo, ¿dónde estribaba el problema? Ante las amenazas de desestabilización y el peligro percibido como real de involución, la lógica distó de ser contenciosa y se decantó hacia mayores dosis de consenso y una cierta estigmatización de la conflictividad que era confrontada con intentos por «desdramatizarla».⁷¹ A la postre, cualquier tipo de conflicto fue caracterizado como potencialmente disruptivo. Y, sin embargo, era precisamente el conflicto el que ponía agua al molino de la profundización democrática, sobre todo en el marco de la propia estrategia eurocomunista.

Esta prudencia democrática, por llamarlo de alguna manera, fue justificada en base a una extendida prudencia social, expresada en la moderación y el debilitamiento, a lo largo de 1979, de las organizaciones sociales y políticas, sobre todo las obreras, pasado el *boom* participativo de los primeros años de la transición. Alejamiento protagonizado por la sociedad española y la clase obrera en particular. La elaboración de esta percepción del asunto, además de ser incorporada al acervo de las organizaciones mayoritarias del movimiento obrero, permeabilizó también, en algunos casos, a elementos situados a su izquierda, quienes venían a reconocer la inviabilidad de posiciones más radicales.⁷²

Ciertamente, la clase obrera española distaba de ser revolucionaria, si nos atenemos a los esquemas leninistas en boga por aquel entonces. Pero quizá se haya sobredimensionado el carácter determinante e inamovible de estas actitudes sociales y políticas, estableciendo un margen muy estrecho para la autonomía de lo político y, por lo tanto, para la acción de los sujetos colectivos y el establecimiento de «las reglas de lo posible». Crisis, involución y moderación constituyeron la triada que justificó el retraimiento de la actividad reivindicativa y contestataria, cuando la acción colectiva hacía vislumbrar las posibilidades de, por lo menos, salir de un debate, con un trasfondo maniqueo, entre radicalidad y moderación, utopía y pragmatismo, interés de clase y corporativo.

Conclusión

Con el cambio de década, el discurso de la «moderación» se trasladó a la arena social. Si antes el foco se situó más bien en las actitudes políticas, ámbito dotado de una autonomía relativa y, por lo tanto, sobre el que los actores colectivos tenían capacidad de incidencia, ahora se desplazó a las actitudes sociales. Estas, ancladas en el paisaje material de la crisis en curso, parecían inamovibles o, en todo caso,

su modificación dependía de un ritmo distinto, marcado por dinámicas de fondo. El novísimo fenómeno del paro, que fragmentaba el movimiento obrero, parecía fomentar las tendencias «gremialistas» o de «egoísmo sectorial». Las propuestas elaboradas desde la teoría social como las de Víctor Pérez Díaz conseguían, por fin, permeabilizar amplios estratos de la sociedad evidenciando, para algunos, que «no dedicamos suficiente atención a estudiar los efectos políticos y psicológicos [de la crisis] entre las masas trabajadoras y amplios sectores de la población laboriosa». ⁷³ Para la dirección comunista, los socialistas habían sabido leer mejor el signo de los tiempos, apostando de forma clara por el diálogo social, lo que parecía decantar definitivamente a su favor la lucha por la hegemonía en la izquierda democrática. Pocos años después, estas tendencias centrífugas de la crisis (y las políticas económicas con las que se trató de combatir) no hacían sino consolidarse, redundando en una «mayor moderación» en el comportamiento social y reivindicativo de la clase trabajadora, entre la que se habían acentuado, en un esbozo lúgubre de la realidad, «las tendencias insolidarias, individualistas y corporativistas a la vez que una sectarización en sectores minoritarios». ⁷⁴

Las primeras conceptualizaciones sobre la «moderación», entendidas como consubstanciales y expresivas de un compromiso popular por la consolidación democrática, todavía permitían pensar una estrategia gradualista de profundización democrática, extendiéndola al ámbito social. Pero pronto las actitudes sociales se leyeron en clave de inhibición, lo que generó cierta desorientación político-estratégica que basculaba entre el polo de cierto fatalismo que exigía adaptación, por un lado, y las resistencias que abogaban por una radicalización del propio proyecto y la impugnación del itinerario recorrido hasta entonces, por el otro. Para estas enderezar el rumbo era posible a través de

un gesto de voluntad política. Parafraseando a Hobsbawm, el espacio comunista no era el Dr. Pangloss volteriano, pero las dinámicas entre el «reformismo» y el «ánimo revolucionario» devinieron autodestructivas, reduciendo aun más la capacidad de incidencia de este sujeto colectivo.

Lo que podríamos denominar «teoría de la moderación» fue un producto genuino y primerizo de una opinión pública democrática. Es posible que fuera precisamente por este motivo por el que tuvo un notable carácter performativo. Con todo, su génesis, articulación e influencia en términos políticos y culturales, más allá del manido «desencanto», no parecen haber merecido mayor atención.

Más adelante, la victoria socialista el 28 de octubre de 1982 parecía certificar la tendencia con el triunfo electoral y acceso al gobierno de la «izquierda moderada». Si bien a priori este hecho parecería impugnar la existencia de un espacio para una suerte de «comunismo socialdemócrata», el arrollador triunfo también podría ser leído en sentido contrario. En todo caso quien mejor lo capitalizó fue un PSOE renovado bajo la dirección de Felipe González. De hecho, la debacle del proyecto eurocomunista, como es sabido, se debió fundamentalmente a las pugnas intestinas. ⁷⁵ Definitivamente fue castigado, de una forma un tanto paradójica, el espacio político que, tanto por necesidad como por convicción, había hecho de la «moderación» una de sus señas de identidad.

En la década de los ochenta, este relato sobre las actitudes sociales resultó parte integrante de la mística de la modernización, trazando los límites de lo políticamente posible; pero otro efecto paradójico en este sentido es que contribuyó de manera notable a socavar los propios cimientos del proyecto socialdemócrata, por cuanto suponía apuntalar las propias dinámicas de segmentación y descomposición de su base social histórica.

BIBLIOGRAFÍA

- BABIANO MORA, José y FERNÁNDEZ ASPERILLA, Ana, « En manos de los tratantes de seres humanos (notas sobre la emigración irregular durante el franquismo)», *Historia contemporánea*, n.º 26 (2003), pp. 35-56.
- BABIANO MORA, José, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Fundación 1º de Mayo y Siglo XXI, 1995.
- BAHRO, Rudolf, *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*, Barcelona, Materiales, 1979.
- BILBAO, Andrés, *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*, Madrid, Trotta y Fundación Primero de Mayo, 1993.
- BOTELLA, Joan, «From Red to Green: the Evolution of Catalan Communism», en BOTELLA, Joan y RAMIRO, Luis (eds.), *The Crisis of Communism and Party Change. The Evolution of West European Communist and Post-Communist Parties*, Barcelona, ICPS, 2003, pp. 53-67.
- CEBRIÁN, Juan Luis, *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la transición*, Madrid, Taurus, 1980.
- CROUCH, Colin y PIZZORNO, Alessandro (eds.), *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968*, Madrid, MT y SS, 1991 [1978].
- DOMÈNECH, Xavier, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona, Icaria, 2012.
- DURÁN MUÑOZ, Rafael, *Contención y transgresión. Las movilizaciones y el Estado en las transiciones española y portuguesa*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.
- ELORZA, Antonio, «Integración obrera y conciencia de clase», *Nuestra bandera*, n.º 107 (1981), pp. 59-61.
- Espai en Blanc (coord.), *Luchas autónomas en los años setenta. Del antagonismo obrero al malestar social*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, «Fin del desencanto, ¿Final del desencantamiento?», *mientras tanto*, n.º 1 (1979), pp. 9-11.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, «Para estudiar las ideas olvidadas de la transición», Recuperado de: <https://www.omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/para-estudiar-las-ideas-olvidadas-en-la-transicion.pdf>.
- FISHMAN, Robert, «El movimiento obrero en la transición», *REIS*, n.º 26 (1984), pp. 61-112.
- FISHMAN, Robert, *Working-class Organization and the Return to Democracy in Spain*, Ithaca/New York, Cornell University Press, 1990.
- GARCÍA PEREA, Pilar y GÓMEZ, Ramón, *Elaboración de series históricas de empleo a partir de la encuesta de población activa (1964-1992)*, Madrid, Banco de España-Servicio de Estudios, Documento de Trabajo n.º 9409, 1994.
- GONZÁLEZ I CALVET, Josep, «Crisis, transición y estancamiento. La política española, 1973-1982», en ETXEZARRETA ZUBIZARRETA, Miren (coord.), *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*, Barcelona, Icaria, 1991, pp. 152-153.
- GORZ, André, *Farewell to the Working Class. An Essay on Post-Industrial Socialism*, London, Pluto Press, 1982 [1980].
- GUTIÉRREZ, Rodolfo, «La representación sindical: resultados electorales y actitudes hacia los sindicatos», *Documentos de Trabajo*, n.º 72 (1994).
- HAYEK, Friedrich, *1980s Unemployment and the Unions. The Distortion of Relative Prices by Monopoly in the Labour Market*, London, The Institute of Economic Affairs, 1984 [1980].
- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y FUERTES MUÑOZ, Carlos, «Conviviendo con la dictadura. La evolución de las actitudes sociales durante el franquismo (1936-1975)», *Historia Social*, n.º 81 (2015), pp. 49-65.
- HOBSBAWM, Eric J., «The Forward March of Labour Halted?», en *Marxism Today* (september, 1978), pp. 279-286.
- HOBSBAWM, Eric J., «Introducción», *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica, 2001 [1959].

- IZQUIERDO ESCRIBANO, Antonio, «Juicios y actitudes de los trabajadores en paro y los ocupados según encuestas recientes», *mientras tanto*, n.º 12 (1982), pp. 95-104.
- JULIÁ, Santos, «Orígenes de la democracia en España», *Ayer*, n.º 15 (1994), pp. 165-188.
- LÓPEZ ARNAL, Salvador, «La transición política y los intelectuales desde el racionalismo temperado y antisistema de Francisco Fernández Buey (con un apunte sobre el 15M)», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, n.º 141 (2018), pp. 15-35.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael, *Sociología industrial*, Madrid, Alianza, 1995.
- LUQUE BALBONA, David, *Las huelgas en España: intensidad, formas y determinantes*, Tesis doctoral, Universidad de Oviedo, 2010.
- MANDEL, Ernest, *Crítica del eurocomunismo*, Barcelona, Fontamara, 1978.
- MANN, Michael, *Consciousness and Action among the Western Working Class*, London, Macmillan, 1981 [1973].
- MARCUSE, Herbert, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Planeta, 1993 [1954].
- MARÍN ARCE, José María, «La oposición del PSOE al tercer gobierno Suárez», en MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere, *Las izquierdas en tiempos de transición*, València, PUV, 2016, pp. 87-114.
- MÁRQUEZ, Fabián, *José María Cuevas o la aventura de la CEOE. A modo de crónica, 1975-201*, Madrid, Ediciones Cinca, 2012.
- MARTÍNEZ I MUNTADA, Ricard, «Construir futurs. La dimensió anticapitalista del moviment veïnal», en MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere, *Construint la ciutat democrática*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 265-317.
- MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2017.
- MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, pp. 26-43.
- MORÁN, María Luz, «La consolidación de la 'matriz cultural' de la democracia en España (1982-1996)», en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SAZ, Ismael (Eds.), *Historia de las culturas políticas en España y América Latina. Del franquismo a la democracia*, Zaragoza, Marcial Pons y Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 111-139.
- MOUFFE, Chantal, *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, Barcelona, Gedisa, 2012 [2000].
- MUÑOZ, Gustau, «L'alternativa», *Taula de canvi*, n.º 16, (1979), pp. 138-144.
- OVEJERO, Félix, *Intereses de todos, acciones de cada uno. Crisis del socialismo, ecología y emancipación*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
- PALA, Giaime, *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016.
- PARAMIO, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Orden social. Clase obrera y conciencia de clase: política y economía», *Papeles de la economía española*, n.º 2 (1980), pp. 68-97.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Actitudes obreras y estrategias sindicales y políticas ante la crisis actual», *Papeles de la economía española*, n.º 4 (1980), pp. 38-54.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Clase obrera y organizaciones obreras en la España de hoy. Política y vida sindical», *Sistema*, n.º 32 (1979), pp. 3-18.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Elecciones sindicales, afiliación y vida sindical de los obreros españoles de hoy», *REIS*, n.º 6 (1979), pp. 11-52.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Incertidumbres sindicales y ambivalencias obreras. Las varias crisis de representatividad sindical», *Arbor*, n.º 490 (1986), pp. 79-112.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «La experiencia laboral de los obreros españoles. Juicios sobre el puesto de trabajo y la empresa», *Sistema*, n.º 33 (1979), pp. 85-98.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Los obreros españoles ante el sindicato y la acción colectiva», *Papeles de la economía española*, n.º 6 (1981), pp. 236-266.

- PÉREZ DÍAZ, Víctor, «Los obreros españoles ante la empresa en 1980», *Papeles de la economía española*, n.º 7 (1981), pp. 282-309.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *Clase obrera, partidos y sindicatos*, Madrid, Fundación INI, 1979.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza, 1993.
- PÉREZ INFANTE, José Ignacio, «La estructura de la negociación colectiva y los salarios en España», *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, n.º 46 (2003), pp. 41-97.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel: «Nuevos y viejos movimientos sociales en la transición», en MOLINERO, Carme (ed.), *La Transición treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Barcelona, Península, 2006, pp. 117-152.
- QUINTANA, Francisco (coord.), *Luchas autónomas y reestructuración capitalista, 1960-1990*, Barcelona, Alikornio Ediciones, 2002.
- REDERO SAN ROMÁN, Manuel, «Los sindicatos en la democracia: de la movilización a la gestión», *Historia y Política*, n.º 20 (2008), pp. 129-158.
- REIG, Ramir, «La crisi orgànica del moviment obrer (balanç de tres anys de legalitat)», *Trellat. Crítica cultural i política*, n.º 1 (1980), pp. 14-24.
- RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Por qué fracasó la democracia en España*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015.
- SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio, *Atado y mal atado. El suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.
- SÁNCHEZ-MOSQUERA, Marcial, «Por la «flexibilidad de plantillas». La influencia de la patronal en el diseño del sistema de relaciones laborales español», *Revista de Historia Industrial*, n.º 82 (2021), pp. 133-161.
- SAZ, Ismael, «No solo élites. La lucha por la democracia en España», en ARCHILÉS, Ferran y SANZ, Julián (coords.), *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2017, pp. 17-32.
- SEGURA, Julio, «Unos apuntes sobre eurocomunismo y estrategia económica», *Nuestra bandera*, n.º 106 (febrero 1981), pp. 10-12.
- TÉBAR HURTADO, Javier, «El movimiento obrero durante la transición y en democracia», en MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere (Eds.), *Las izquierdas en tiempos de transición*, València, PUV, 2016, pp. 169-194.
- TEZANOS, José Félix, *¿Crisis de la conciencia obrera?*, Madrid, Editorial Mezquita, Editorial Alhambra, 1982.
- TRAVERSO, Enzo, *Revolution. An Intellectual History*, Londres, Verso, 2021.
- TREGLIA, Emanuele, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012.
- VILAR RODRÍGUEZ, Margarita, «El trabajo como pieza clave del puzle de la economía española: algunas reflexiones desde la historia económica», *Historia, trabajo y sociedad*, n.º 8 (2017), pp. 35-63.
- WILHELMI, Gonzalo, *Romper el consenso. La izquierda radical en la transición española (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid, 2016.
- YSÀS, Pere, «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», *Ayer*, n.º 68 (2007), pp. 31-57.

NOTAS

- 1 Esta publicación es resultado del Proyecto Referencia RTI2018-099188-A-I00 financiado por MCIN/AEI /10.13039/501100011033/ y por FEDER Una manera de hacer Europa.
- 2 Hobsbawm, 2001, 1959, p. 25.
- 3 «Entrevista a José Luis López Bulla», *El Maresme*, 1978?, p. 19, Arxiu Històric de CCOO de Catalunya (AHCO), *Fons López Bulla*, C. Secretaria general doc JLLB, 1979-1994.
- 4 Morán, 2015, pp. 122-123 y p. 127.
- 5 Juliá, 2006, p. 149. Para esta tesis aplicada a los sindicatos véase: Redero San Román, 2008, pp. 129-158 o Durán Muñoz, 2000. Ciertamente, se trata de una tesis ahormada durante el proceso de cambio político, como se puede observar en Cebrián, 1980, pp. 19-20.
- 6 Pérez Díaz, 1993, p. 283.

- ⁷ Márquez, 2012, p. 154.
- ⁸ Domènech, 2012, p. 238. Para el caso del movimiento vecinal ver Martínez i Muntada, 2010, pp. 265-317. Wilhelmi, 2016.
- ⁹ Quintana, 2002; Espai en Blanc, 2008.
- ¹⁰ Sobre la cuestión de las asambleas volvemos a Pérez Díaz, 1993, p. 293, quien afirma que en 1980 un reducido 5% de los trabajadores consideraba que la asamblea debía protagonizar la representación de los trabajadores, sin embargo, en julio de 1988, y en base a un estudio del CIS, este porcentaje aumenta hasta el 10,8% (un 15,2% para los menores de 21 años), mientras que una mayoría del 38,4% consideraba que estas eran los espacios idóneos para ejercer la participación en las decisiones sindicales. CIS, *Estudio n.º 1771*, 11 julio 1988 [http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=763&cuestionario=872].
- ¹¹ Rodríguez, 2015, p. 356.
- ¹² Treglia, 2012, p. 364.
- ¹³ Como también señala Saz, 2017, pp. 26-27.
- ¹⁴ Véase al respecto, Hernández Burgos, 2015, pp. 49-65. También Ysàs, 2007, pp. 31-57 y Molinero e Ysàs, 1996, pp. 26-43.
- ¹⁵ Gutiérrez, 1994, p. 34.
- ¹⁶ Sin ánimo de ser exhaustivos, véase López Pintor, 1995; Morán, 2015.
- ¹⁷ Destacamos aquí Pérez Díaz, 1979; al que precedieron y siguieron otros estudios publicados del mismo autor, a saber: «Clase obrera y organizaciones obreras en la España de hoy. Política y vida sindical», *Sistema*, n.º 32 (1979), pp. 3-18; «La experiencia laboral de los obreros españoles. Juicios sobre el puesto de trabajo y la empresa», *Sistema*, n.º 33 (1979), pp. 85-98; «Elecciones sindicales, afiliación y vida sindical de los obreros españoles de hoy», *REIS*, n.º 6 (1979), pp. 11-52; «Orden social. Clase obrera y conciencia de clase: política y economía», *Papeles de la economía española*, n.º 2 (1980), pp. 68-97; «Actitudes obreras y estrategias sindicales y políticas ante la crisis actual», *Papeles de la economía española*, n.º 4 (1980), pp. 38-54; «Los obreros españoles ante el sindicato y la acción colectiva», *Papeles de la economía española*, n.º 6 (1981), pp. 236-266; «Los obreros españoles ante la empresa en 1980», *Papeles de la economía española*, n.º 7 (1981), pp. 282-309; «Incertidumbres sindicales y ambivalencias obreras. Las varias crisis de representatividad sindical», *Arbor*, n.º 490 (1986), pp. 79-112.
- ¹⁸ Juliá, 2006, pp. 186-187.
- ¹⁹ Marín Arce, 2016, pp. 87-114.
- ²⁰ Sánchez Mosquera, 2021, pp. 133-161.
- ²¹ González Calvet, 1991, pp. 152-153. Evidentemente, existen muchas formas de favorecer la competitividad no limitada al abaratamiento de los costes laboral. Sin embargo, había que articular propuestas concretas en este sentido. CCOO no ignoraba esta cuestión, como señalaría Camacho «el nivel de empleo se garantiza favoreciendo la competitividad de las empresas, manteniendo el ‘rango industrial’ de nuestro país», Notas manuscritas de la reunión del Secretariado Confederal del 24 de noviembre de 1981, AHCO, Fons López Bulla, C. *Cuadernos Sindicales*, 981, 1982, n.º 8.
- ²² En este sentido, véase Sánchez-Cuenca, 2014, p. 43.
- ²³ El año 1974 terminó con casi el 3%. Entre el primer trimestre de 1976 y el último de 1978 la cuota de parados se había duplicado, hasta alcanzar el 8%. La barrera de los dos dígitos se rompía en el primer trimestre de 1980, el millón de parados se supera en el primer trimestre de 1979, ver García Perea y Gómez, 1994, pp. 45-46.
- ²⁴ Babiano Mora y Fernández Asperilla, 2003, pp. 35-56.
- ²⁵ Bilbao, 1993, p. 68.
- ²⁶ «Editorial», *mientras tanto*, n.º 1 (1979), p. 5. Aunque no está firmado, se podría reconocer el estilo y la autoría del intelectual Manuel Sacristán.
- ²⁷ *Ibidem*, p. 6.
- ²⁸ FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, «Fin del desencanto, ¿Final del desencantamiento?», *mientras tanto*, n.º 1 (1979), pp. 9-11.
- ²⁹ Pérez Díaz, 1980, p. 145.
- ³⁰ Ya que plantea, como recuerda Robert Fishman para casos semejantes, posibilidades de sesgo en los resultados, ver Fishman, 1990, p. 20.
- ³¹ Pérez Díaz, 1980, p. 23.
- ³² *Ibidem*, p. 25.
- ³³ Crouch, y Pizzorno, 1991 [1978].
- ³⁴ Luque Balbona, 2010, pp. 186-187.
- ³⁵ Pérez Díaz, 1980, p. 27. Los aumentos salariales,

- según el autor, desbordaron ampliamente la productividad. Entre 1962 y 1976, si la productividad del trabajo se triplicó, los salarios se nonuplicaron. También identifica, sin embargo, otras posibles causas: la crisis energética y errores en política presupuestaria y monetaria «que se supone ha sido permisiva y expansionista».
- ³⁶ VILAR RODRÍGUEZ, Margarita, «El trabajo como pieza clave del puzle de la economía española: algunas reflexiones desde la historia económica», *Historia, trabajo y sociedad*, n.º 8 (2017), pp. 46-48.
- ³⁷ Véase un caso paradigmático en Hayek, 1984 [1980], p. 19.
- ³⁸ Pérez Díaz, 1980, p. 31.
- ³⁹ Otras aportaciones profundizarán más adelante en esta perspectiva: Fishman, 1990, p. 238; Véase también del mismo autor «El movimiento obrero en la transición», *REIS*, n.º 26 (1984), pp. 61-112.
- ⁴⁰ Así es como lo conceptualiza Pérez Díaz. También aparece como la diferencia entre los salarios efectivos (reales) y los negociados. Para una visión del caso español véase PÉREZ INFANTE, José Ignacio, «La estructura de la negociación colectiva y los salarios en España», *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, n.º 46 (2003), pp. 41-97.
- ⁴¹ Babiano Mora, 1995, p. 260.
- ⁴² Traverso, 2021, p. 433 y ss.
- ⁴³ En este sentido se expresaba el dirigente italiano Gerardo Chiaramonte, en «Crisis, unidad de la izquierda y política democrática. Entrevista a Gerardo Chiaramonte», *Nuestra bandera*, n.º 101 (1979), p. 45.
- ⁴⁴ SEGURA, Julio, «Unos apuntes sobre eurocomunismo y estrategia económica», *Nuestra bandera*, n.º 106 (febrero 1981), pp. 10-11.
- ⁴⁵ REIG, Ramir, «La crisi orgànica del moviment obrer (balanç de tres anys de legalitat)», *Trellat. Crítica cultural i política*, n.º 1 (1980), pp. 14-24.
- ⁴⁶ Pala, 2016, p. 155.
- ⁴⁷ Entrevista a José Daniel Lacalle Sousa, AHT, *Biografías Obreras y Militancia Sindical en CCOO, BIO 105/01*.
- ⁴⁸ «Acta Secretariado Confederal», (en lo sucesivo ASC), Madrid, 15 de abril de 1986, AHT, *Secretariado*, C. 8, Exp. 8.
- ⁴⁹ IZQUIERDO ESCRIBANO, Antonio, «Juicios y actitudes de los trabajadores en paro y los ocupados según encuestas recientes», *mientras tanto*, n.º 12 (1982), p. 101.
- ⁵⁰ Bahro 1979, p. 220. Militante del SED y con distintos cargos de relativa importancia en la RDA, fue precisamente encarcelado por la publicación de esta obra. Pasó dos años privado de libertad antes de exiliarse a la República Federal, donde continuó su actividad pública y política en *Die Grünen*, siendo precursor del ecosocialismo. En abril de 1980 realizó una serie de conferencias en España, invitado por la revista *Argumentos*. Su obra era publicitada en *Nuestra bandera* y considerada como una aportación de referencia.
- ⁵¹ Reseña de MUÑOZ, Gustau, «L'alternativa», *Taula de canvi*, n.º 16, (1979), p. 142.
- ⁵² Mandel, 1978, pp. 127-129
- ⁵³ Elorza 1981, pp. 59-61.
- ⁵⁴ *Ibidem*, p. 60.
- ⁵⁵ «Entrevista del SECED con Felipe González», 19 de octubre de 1976, AFGG, sig. FFG0003130, pp. 23.
- ⁵⁶ «Reunión del Comité Ejecutivo con los camaradas del movimiento obrero», (París, 3 de octubre/2 de noviembre, 1975), AHPCE, Fondo Dirigentes: Santiago Carrillo, C. 6, exp 2/21, p. 69.
- ⁵⁷ Botella, 2003, p. 59.
- ⁵⁸ Paramio, 1988, p. 23.
- ⁵⁹ *Ibidem*, p. 48.
- ⁶⁰ *Ibidem*, pp. 20-24.
- ⁶¹ *Ibidem*, p. 31 y ss; p. 73 y ss.
- ⁶² Ovejero, 1989, p. 26.
- ⁶³ Resulta paradigmático en este sentido Marcuse, 1993 [1954].
- ⁶⁴ Tezanos, 1982, p. 191.
- ⁶⁵ Sin ánimo de ser exhaustivos, además del título de Bahro, desde diferentes contextos y perspectivas, véanse: Mann, 1981 [1973]; Hobsbawm, 1978, pp. 279-286; Gorz, 1982 [1980].
- ⁶⁶ Con contra-ritmo nos referimos al marco en el que hubo de desarrollarse el sindicalismo español en comparación a sus homólogos europeos, marcado por una falta de sincronización en dos aspectos fundamentales: demasiado tarde para incorporarse o ser agente del modelo de pacto social de posguerra, por un lado, y que hubo de responder de forma prematura a una orienta-

ción neoliberal, por otra. En otras palabras: cuando apenas comenzaba a desarrollarse un «poder sindical», hubo de hacer frente a los intentos de laminarlo y la crisis de su base social, ver Tébar Hurtado, 2016, p. 193.

⁶⁷ Cotarelo, Ramón, «La crítica al eurocomunismo», *El País*, miércoles 6 de junio de 1979.

⁶⁸ Bureau of European and Eurasian Affairs: «Spanish Employers and Labor Organizations View Election Results Positively, page 2», March the 10th, 1979, 1979MADRID03478-e.

⁶⁹ Bureau of European and Eurasian Affairs: «Labor in Catalonia: an overview», December the 18th, 1979, 1979BARCEL01030_e, p. 2.

⁷⁰ Parfraseando a Mouffe, 2012 [2000].

⁷¹ López Bulla, José Luis, «CCOO: hay que desdramatizar la situación», *La Vanguardia*, 31 de enero de 1979.

⁷² La influencia de los estudios de Víctor Pérez Díaz entre pensadores comunistas relevantes del grupo *mientras tanto* fue evidente, véase al respecto LÓPEZ ARNAL, Salvador, «La transición política y los intelectuales desde el racionalismo temperado y antisistema de Francisco Fernández Buey (con un apunte sobre el 15M)», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, n.º 141 (2018), pp. 15-35. De hecho, Fernández Buey mencionó dichos estudios, junto al fracaso del eurocomunismo y los éxitos de Reagan y Thatcher, como uno de los fenómenos que favorecieron la crisis

de conciencia de la izquierda: «el análisis sociológico detallado de las actitudes y preferencias sociopolíticas y socioculturales de los trabajadores (en particular el realizado a partir de la amplia encuesta preparada entonces por Víctor Pérez Díaz) entraba en contradicción con el tipo de conciencia de clase por lo general imputada al conjunto de los trabajadores. Ese análisis acabó con un montón de especulaciones sobre las expectativas rupturistas y puso de manifiesto, por primera vez, y con detalle, que la acomodación a la ideología social-liberal no era un asunto político coyuntural sino de fondo», FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, «Para estudiar las ideas olvidadas de la transición», Recuperado de: <https://www.omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/para-estudiar-las-ideas-olvidadas-en-la-transicion.pdf>., pp. 6-7.

⁷³ Así lo expresaba el secretario general del PCE Santiago Carrillo, PCE, *Los comunistas en el movimiento obrero, Reunión de militantes obreros comunistas*, Comisión de Propaganda del PCE, mayo de 1980, Madrid, p. 12.

⁷⁴ Secretaría de Política Sindical del PCE, «Impacto de la crisis en la situación y estructura de la clase obrera», Madrid, 14 de febrero de 1983, ANC, *Fons PSUC*, C. 221, Carp. 3295.

⁷⁵ MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere: *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2017.



Manifestación ante la sede de la OIT. Ginebra, 17 de junio de 1973. Fotografía CDM. Fundación 1° de Mayo